

pero una espina negra está fabricando para su voz la amarga argolla de la noche, y el registro del sollozo empieza a oirse por entre muchas olas de este tomo:

«Oh, dejadme morir en el caliente día:  
que mi frente se pudra, que mis heridos labios  
se vacien en un espeso arroyo de lágrimas y  
fuego

El relámpago enlutado de España democrática raya la frente de este poeta, y su última bandera mira hacia las fronteras donde Federico García es un fantasma de oro y tempestades.

Juan Negro, sin aventajar su «Mensaje de Poesía» nos concede un nuevo, puro día de gracia, y en este gozar y morir de canción arden sus laureles de tan celeste panteresco.—ANDRÉS SABELLA.



<https://doi.org/10.29393/At178-16UJME10016>

UN JUICIO SOBRE «HORACIO», de *Alejandro Vicuña*  
(Carta desde Marsella)

..... Después de Cicerón, Horacio. Va Ud. enseñándonos con dedo de artista las perlas más hermosas del collar latino. Ambos personajes son eminentemente humanos. Horacio, sobre todo, es un espejo siempre terso de realidad humana y un conocedor profundo de la vida que, a pesar de su alma de dulce poeta filósofo, consideraba las cosas con ironía superior. Bien ha hecho Ud. con frecuentarle manifestándonos en seguida sus impresiones. Con la acostumbrada maestría Ud. hace vivir un hombre de la edad antigua, distinta esencialmente de la nuestra, y al finalizar la lectura del libro tenemos el sentimiento de dejar a un amigo querido. Con todas las biografías suyas que he leído he tenido esta impresión. Es esa la principal bon-

dad de su arte. Evidentemente Ud. ama a sus personajes y ese amor suyo se transmite al lector por obra de algo que podríamos llamar magia simpática.

Es de esperar que esta obra suya sorprenda a los pacatos, pues así ganarán ellos en fortaleza desde el propio punto de vista... y es de esperar también que ella haga meditar a nuestros caciques criollos. Esto último Ud. no lo presupone en el prólogo, pero me parece que más de una vez habrá ello acudido a su espíritu estudiando la época en que vivió Horacio, tan rica en creaciones de toda índole y de la cual, políticamente, se desprende la flor maravillosa del Imperio que dió fuerzas al cristianismo y echó las bases de nuestra civilización... De todos modos, los que entre nosotros aman la cultura clásica sabrán apreciar un esfuerzo raro en Chile y un conocimiento de la vida romana más raro aun, porque Ud. ha sabido colocar con especial acierto la figura humana y artística de Horacio en su justo medio social e histórico. Es éste otro mérit de su obra.

¡Querido viejo! *Flaccus*. Ud. me lo ha evocado desde el fondo de mi lejana infancia, cuando en la escuela, bajo la amenaza de castigo, me iniciaba en el encanto de la musa latina; después, libre ya de un *plagosus Orbilius*, empecé a quererle y ahora sus poesías guardan entre mis libros un sitio escogido. Para mí Horacio es el poeta de la madurez del hombre, cuando empezamos a contar los años. Sólo entonces podemos comprenderlo, aquilatarlo. El verdadero valor moral de su obra está en ese aprecio tan suyo de la *aurea mediocritas*, que es precisamente un recogimiento en sí mismo, un soliloquio lleno de encanto para quien conoce la vida y la contempla desde su retiro. No lo amargan temores vanos de ultra tumba, pero siente el fugaz pasar de los días. Su sentimiento religioso es casi tímido. En el fondo era un melancólico. Su verdadera naturaleza se evidencia cuando evoca lo inestable de las cosas:

Eheu! fugaces? Postume, Postume  
Labuntur annis...

Hay que retroceder hasta Lucrecio para encontrar algo parecido. Lucrecio era otro melancólico. Su poema *De natura rerum* lleva en sí la rebelión de Prometeo y una resignación tranquila de quien ensaya la epopeya del intelecto libre, la tristeza de quien contempla la infinita vanidad en el infinito progreso. Lucrecio se mató no se sabe si por locura o por amor. Era un hombre de índole casta, menos ducho en cosas de amor que Horacio; tal vez creó alrededor de la cabeza frívola de una hetaira romana un mundo de sueños. Pero a ambos los une un igual excepticismo. El *sic ubi non erimus* de Lucrecio tiene parentesco con el *carpe diem* horaciano, y si realmente la Venus cósmica del primero en nada se parece a la Venus pintarrajeada del segundo, ambos amores están unidos por un mismo sentimiento primordial. A mi parecer la *aurea mediocritas* de Horacio es un refugio contra el espectáculo diario circundante, semejante a la contemplación desesperada de la verdad que consumió las fuerzas de Lucrecio. La repulsión que Horacio manifiesta por nuestro fin inevitable era un sentimiento mucho más sincero en él que la gala que hace de sus simpáticos desvaríos, que luego ridiculiza en el prójimo; su retorno, algo disimulado, a la fe antigua de los *ludi saeculares*, fué tal vez el resultado de una advertencia paternal, pero sin réplica, de Augusto empeñado en una inútil reforma doméstico-social, advertencia que nuestro poeta, más astuto que Ovidio, comprendió en seguida. Pero nunca creyó en los viejos dioses, que solamente le sirvieron para sus éxitos literarios. En eso era como la mayoría de los hombres de su época. El mundo antiguo empezaba entonces su agonía de tres siglos, rica en sobresaltos de energía, en lucides pasmosas de organismo poderoso que lucha para no morir, y pocos presumieron la revolución espiritual en marcha. Espíritus poderosos, como Lucrecio, se asomaban con desespe-

ración al umbral de un Olimpo desierto y elucubraban sobre teorías ya conocidas de los griegos, buscaban con ahinco una nueva fuente donde apagar la inútil sed de los hombres. La encontraban esa fuente, casi siempre, en el recogimiento, nunca en forma que pudiese satisfacer a todos. Muerta la antigua fe de los pastores latinos, inútil ya el paganismo grecorromano, no quedaba otro remedio que la divinización de la *Urbs* y de sus gobernantes supremos en el vasto templo del Imperio: fué lo que Augusto hizo en definitiva.

Cosa cierta, sin entrar a profundizar si Horacio era epicúreo, estoico o ecléctico, es que Lucrecio, poeta asqueado de lo presente y enamorado de lo pasado, ejerció una influencia notable sobre los contemporáneos de Augusto. Había el epicureísmo vulgar (*Epicuri de grege porcum*) y aquel otro que podríamos llamar esotérico, que pone el placer en el sosiego del espíritu, en los dioses inofensivos e indiferentes, en la negación de una vida ultraterrena que pueda inspirarnos temor, en la calma de la razón y en el dominio de nosotros mismos. Cosa cierta es también que, si no siempre, a menudo podemos constatar en la obra de Horacio una marcada tendencia a este epicureísmo verdadero. Su culto por la amistad es una prueba. El círculo de «amigos» que Mecenas gustaba mantener en torno suyo, hace pensar en esas comunidades epicúreas de Grecia, cuyos miembros vivían juntos en absoluta confianza recíproca. De todas las filosofías griegas, la epicúrea parece haber sido la primera que se introdujo en Italia. En los últimos tiempos de la República, su influencia era preponderante y muy en boga entre los personajes dirigentes. «Cuando decimos que el placer es nuestro fin, afirmaba Epicuro, no nos referimos al placer de los calaveras». «Feliz día estoy pasando: el último de mi vida», exclama en medio de los sufrimientos atroces ocasionados por los cálculos úricos. «Vivo escondido», decía también. Fué lo que trató de hacer Horacio. De ahí la felicidad del poeta en su retiro de la granja sabina, lejos de las intrigas palatinas y socia-

les, de la insidia constante de los hombres. Ahí debe haber sentido todo el encanto del egoísmo lucreciano: «*Suave mari magno...*»

Ud. empieza su obra colocando a Horacio en su retiro de la granja sabina. Es la primera impresión que el lector tiene del poeta. Este primer trazado del cuadro revela en seguida un conocedor del alma horaciana. Fué precisamente lo que de inmediato me sorprendió en su trabajo y lo que me dispuso a leerle con agrado mantenido hasta las últimas páginas. Horacio es amante del campo y también de la vida urbana; mejor dicho esta última, que conocía a fondo, era la base del deleite que sentía por la naturaleza libre:

Odi profanum vulgus et arceo...  
 ...Somnus agrestium  
 Lenis virorum non humiles domos  
 Fastidit umbrosamque ripam,  
 Non Zephyris agitata Tempe.  
 ...Cur valle permutem Sabina  
 Divitias operosiores?

Retirado del bullicio, en contacto directo con la naturaleza, el bueno de Horacio, *homuncionem lepidissimum*, enfermo de los ojos e hipocondríaco, a medias vivía su vida. Casi dos mil años después, Beaumarchais compendiaba sin saberlo la filosofía burlona del poeta en esa máxima: «Me moquant des sots, bravant les mechants, je m'empresse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer...» Vivió bien la vida porque la vivió a su manera. Y su afición por la independencia, su amor por la belleza, su arte inimitable, su desdén por lo vulgar nos servirán siempre de guía. Aun cuando parece artificioso nos encanta. Apenas pudo Virgilio, en sus momentos más felices, aventajar la maravilla de ciertas estrofas del *Carmen saeculare*, que sintetizan la gloria de Roma.

Muy bien ha puesto Ud. en relieve, distinguido amigo, la influencia bienhechora de Mecenas sobre el genio del poeta. Ese ilustre romano, descendiente de lucomones etruscos era de naturaleza dulce y pacífica. Amaba la vida con una soltura que hace pensar en ciertas figuras del Renacimiento italiano. Como fué en la realidad, en su libro la personalidad de Mecenas se mueve como en un claroscuro tras la figura del poeta.

Su cuadro se termina con la muerte de Augusto. En verdad, la personalidad de Horacio ocupa toda una época. Ese hombre llevó la poesía latina a su más alta cumbre. Ya con Ovidio, gran poeta por cierto, notamos algunos signos inequívocos de decadencia. Interesante problema sería tratar de averiguar si Horacio habría sido lo que fué sin Mecenas ni Augusto. Los tres personajes se completan en el clima majestuoso de una de las más majestuosas épocas de la historia. Pero Horacio se salva de la crítica y de la pasión humanas gracias a su arte. . . .MIGUEL ECHENIQUE ZEGERZ.



PORVENIR DE DIAMANTE, por *Omar Cerda*

En el Concurso de Poetas Inéditos, organizado por la Sociedad de Escritores de Chile, resultó Omar Cerda el más indicado entre los 63 concursantes, para optar al «Premio Sociedad de Escritores de Chile de Poesía Inédita».

«Porvenir de Diamante», revela a un poeta de rigurosa disciplina. Su expresión está de acuerdo con las nuevas tendencias líricas. Al leerlo no caemos en el misterio. Su poesía es de fácil comprensión. Se acerca hacia nosotros, y huye del malabarismo y del juego intelectual. Es una alegría ver que el prestigio obtenido por nuestros poetas dentro y fuera del continente, seguirá manteniéndose gracias a las producciones actuales que poseen características de evidente significación.